

mente separar á su ciudad del exarcado de Rávena, y por consecuencia, del poder de Constantinopla. Y como los emperadores no vengán del Bósforo al Tíber, sino para imponer exacciones y alzar riquezas, llevándose de los templos las mas bellas obras, los Papas preparan, apoyándose en los francos, la insurreccion definitiva contra los griegos. Así los concilios condenan en apariencia ideas dogmáticas de Constantinopla y en realidad su poder político, pues ninguna revolucion se consuma en los hechos sin haberse formulado antes en las conciencias. En vano los exarcas degradan á Papas como San Martín y nombran á Papas como San Eugenio para demostrar que el poder de erigir y deponer los pontífices de Roma se encuentra en manos de los emperadores de Constantinopla; como quiera que el Patriarca escriba cartas al Papa, dándose apariencias de supremacía, el pueblo romano, celoso de su propio nombre, se levanta en armas y se interpone entre el Papa y las iglesias, impidiéndole entrar á decir misa, si no declara antes su completa y santa independencia. La herejía iconoclasta, que abrasa los cuadros y demuele las estatuas, sirve de pretexto religioso al Pontificado para consumir esta grande obra social de su propia independencia. Roma no quiere Papas extranjeros, sino nacidos en su recinto, y si el duque Zenon, delegado del emperador, nombra á su propio hermano, le arroja el pueblo de la sede y le arrancan los ojos. De suerte, que en los siglos séptimo y octavo los obispos de Roma realizaron este doble trabajo: separar á Roma de Constantinopla y destruir el reino longobardo. Para ello necesitan completamente de los francos. Bien puede decirse que la raza franca es la raza católica entre todos los pueblos bárbaros. Mientras los godos y ostrogodos y longobardos profesan el arrianismo, los francos profesan la fe católica. Pocos en número, vencen á los borgoñones y á los suevos, esparcidos en Francia, y los vencen, no tanto por la propia fuerza, como por el auxilio que les prestan aquellos defensores de las ciudades, tribunos de la plebe, amigos de la libertad denominados obispos. Así un santo vienés podía decir á los invasores de Francia: «Vosotros combatís y nosotros vencemos.» Así Clodoveo, olvidando con esa movilidad bárbara, sus patrios dioses, abraza el catolicismo, y se constituye en su defensor perdurable. Y en cuanto se constituye en su defensor, recibe del cielo el don de los milagros. Las ciervas le indican los vados mas seguros para pasar los rios; las columnas de fuego bíblicas se reen-

cienden para dirigirle á las catedrales; los santos dan oráculos en su favor; y una vez que oía la Pasion, blandió su lanza furioso, diciendo que, de haber él estado allí, no trataran de esa suerte los perros judíos á Nuestro Señor Jesucristo. Naturalmente, una raza tan comprometida con el catolicismo, debia sostener y apoyar á los Papas de este catolicismo visibles jefes y de su Iglesia verdaderas cabezas. A mayor abundamiento, divididos los francos en merovingios y carlovingios, teniendo aquellos el poder material y estos el moral, indújoles el Papa, sin ningun género de escrúpulos, á la usurpacion. Y como quiera que el jefe de los carlovingios se alzara con el poder de los merovingios, este atentado político unió mas y mas, estrecha, inseparablemente, á la Iglesia con los francos. Los eclesiásticos aconsejaron mil veces á los merovingios que se hicieran clérigos; y los merovingios mil veces se rieron tambien de este consejo. Desde entonces dató su perdicion. Y en cambio los carlovingios fueron siempre eclesiásticos. El fundador de la familia, Arnolfo, es obispo de Metz; y el hermano de Arnolfo es prior de Bobbio. Un hermano de Pipino el Breve profesa en Monte Casino, y otros hermanos de este monje se elevan á las sedes de Rouen y de Saint Denis. El santo mas popular del Mediodía, Guillermo de Tolosa, es primo de los hijos de Carlo-Magno. El catolicismo, natural á los francos, se habia pues políticamente personificado en la familia de los carlovingios, que se elevará por esta razon á ser como el brazo derecho de la Iglesia.

Estéban II se decide á la grande obra histórica de unir los francos y el Pontificado para separarlo de la tutela moral de Constantinopla y de la enemiga material de Pavía. El rey de los longobardos, Agilolfo, amenaza terriblemente á Roma; y el Papa, en cambio, se dirige á Francia. Ya en este católico reino, nombra á Pipino patricio romano, y lo lanza sobre Italia. Dos veces quieren los longobardos detenerle; y dos veces Pipino los vence. De suerte que el reino lombardo del Norte de Italia sucumbe á la libertad, á la federacion presidida por el Pontífice, á las nuevas ideas, á la necesidad de establecer en el seno de la Edad Media, como institucion predominante y directiva, la inmensa é incontrastable autoridad del Pontificado. Admiramos la sabia prevision con que la Providencia ocurre á todas las grandes necesidades sociales. Cuando la Roma pagana se moria, extrajo del seno de las cata-



cumbas esta nueva sociedad cristiana á fin de que sometiese con su doctrina la conciencia de los bárbaros y disciplinase con su autoridad aquellas voluntades á primera vista indisciplinables y anárquicas. Pues ahora, entre el terrible fin de la octava centuria y los comienzos de la novena, en el momento de la irrupcion normanda, á la hora de constituirse el feudalismo, funda con el pacto de Carlo-Magno ya definitivamente los dos poderes máximos, que han de salvar la unidad moral y la unidad material de Europa con el pacto entre el Pontificado antiguo y el nuevo Imperio cristiano, pacto conocido en los siglos con el histórico nombre de pacto de Carlo-Magno.

No puede darse obra política de mayor importancia y trascendencia. La admiracion se agota contemplando este portento de prevision y de prudencia. ¡Con qué tenacidad preparan obispos humildísimos, sin mas armas que sus ideas, la sustitucion á Césares poderosos, por todas las fuerzas materiales del mundo sostenidos ó acatados! ¡Qué don de oportunidad y qué conocimiento del mundo en aquella influencia moral ejercida sobre los bárbaros, para someter su naturaleza primitiva y salvaje á la abstrusa metafísica y á la elevada moral del catolicismo! Acampados ya los bárbaros en Italia, ¡con qué arte aprovechaba el Pontificado, no solamente el místico incienso que exhalan las Catacumbas, sino tambien los profanos recursos de las antiguas ruinas, uniendo la sombra de los mártires con la sombra de los Césares, la sombra de los Césares con la sombra de los tribunos, las piedras cinceladas de la Vía Apia con las cruces de los cementerios cristianos, las tradiciones eclesiásticas con las tradiciones republicanas, para tejerse y ceñirse la corona indudablemente mas espléndida que han visto los siglos, destinada providencialmente á brillar, como astro de primera magnitud, en aquellas noches de horror! El débil Pontífice extraia de la propia humildad la inmensa grandeza. Hubiérase dicho que estaba vencido, cuando los bárbaros iban hácia Roma; y por inermes en medio de aquella selva de armas, pudo salvarse y predominar con absoluto predominio. Hubiérase dicho que estaba humillado, cuando tenia sobre sí el Imperio de Constantinopla, tan inepto para ilustrarle como para defenderle; y de este Imperio débil hizo su ejército poderoso, cuando necesitó tener á raya los ostrogodos, como de los ostrogodos usara cuando necesitó limitar y restringir la autoridad del Imperio. Diríase que no era nada, en una

ciudad secular, de cuyas ruinas alzábanse los tribunos antiguos restaurando la antigua República; y estas instituciones republicanas, en tan admirable situacion rehechas, sirviéronle para oponer á la monarquía la democracia, á la autoridad despótica la federacion republicana, á los ejércitos bárbaros las ciudades progresivas y libres. Diríase que el reino longobardo, constituido por la traicion de Narsés, iba irremisiblemente á perderlo; y de ese reino supo aprovecharse el Pontificado para defenderse de los exarcas de Rávena y de los duques de Roma, delegaciones todas de Constantinopla. Hubiérase dicho que la conversion de los reyes lombardos al catolicismo, y el fraccionamiento producido en el reino por el divorcio entre Milan y Pavía, bastaba indudablemente á la reconciliacion de la Italia del Norte con la Italia del Mediodía. Políticos miopes quizá hubieran caido al peso de estos hechos. Mas los Papas, profundamente previsores, comprendieron que no bastaba la conversion religiosa, si no iba seguida de la conversion política, y que esta conversion política resultaba imposible por la naturaleza misma de las instituciones y de las cosas, por la existencia de un rey en Italia enemigo natural de los poderes de un Papa. Y agobiado por la doble desventura de las herejías iconoclastas en Constantinopla y de los asedios continuos del rey de los longobardos que residia cerca Roma, concibe la vastísima idea de trastornar todas las bases históricas del mundo; de constituir en el reino franco, providencialmente asentado por las tierras centrales de Europa como la piedra angular al dominio eclesiástico; de bendecir la usurpacion de los carlovingios sobre los merovingios y el atentado de Pipino que aprisiona y esclaviza al pobre monarca Chilperico, burlándose así de una legalidad y de un derecho contrarios al espíritu católico y á los intereses pontificios; llevando como término y corolario de todo esto al seno mismo de Germania y á sus oscuras selvas, el antiguo imperio romano, con lo cual, presintiendo ya el cisma de Oriente y adivinando que toda la fuerza de la Iglesia se encuentra en las regiones occidentales, funda fuera de Italia un poder, que sirva de aliado eterno y como de ministro universal á los Pontífices. Imposible una obra política mas elevada en sus miras y mas trascendental en sus consecuencias.

La prevision casi profética con que viera el Papa la fuerza política de los carlovingios, sirvióle á constituir el valladar de la Iglesia. Cárlos Martel no



era monarca sino mero general, y ya el Papa Gregorio III le conjuraba en 741 á que le amparase contra los longobardos, y se apercibía resueltamente á darle el título de patricio romano, enviándole, como signo de su amistad, las llaves de la tumba de San Pedro y los eslabones de la cadena que arrastrara, segun tradiciones piadosas, el primero de los Papas en la prision mamertina. Y todavía alcanzaba mas. Como quiera que la herencia de Cárlos Martel, rey efectivo junto á un rey nominal, pudiese traer conflictos, logró el Papa Zacarías que uno de los herederos de este, uno de sus hijos, menospreciando el poder y sus riquezas, fuera á Roma á adorar al Papa y le pidiera de hinojos coyunda monástica para su cerviz y retirado monasterio para su alma. A veintiocho millas de Roma, al borde casi de la Vía Flaminia, cerca del Tíber, en el monte Sorates cantado por Virgilio y por Horacio, sobre cuyas cumbres blanquean las nieves del invierno y en cuyas faldas negrean los bosques de encinas gratos á los pastores, allí, donde el sol tuvo un templo y donde los primeros Pontífices un refugio, entre los esplendores de la naturaleza eternamente viva y los recuerdos de los dioses muertos; el príncipe franco, despues de haber combatido en cien batallas, dábase sumiso á la oracion, y en aquellas oraciones al parecer alejadas del mundo, unia con el Pontificado romano el reino franco, estableciendo, sin quererlo y sin pensarlo, como por un mandato divino, las bases incontrastables de la nueva Europa feudal y católica. Y al poco tiempo, sancionaba tambien el Papa Zacarías la usurpacion de Pipino, y encerraba en triste celda al descendiente último de Clodoveo, arrancando así la corona franca á los merovingios, muy católicos, pero poco eclesiásticos, y cediéndola á los carlovingios, eternos instrumentos de la Iglesia. Por poca conciencia que Pipino tuviese, y por mucha fuerza que le diera el sentimiento de la efectividad de su poder superior al aparente de los merovingios, siempre necesitaba que el dispensador de la divina gracia y el representante de la autoridad religiosa le absolviese de todo pecado y le presentase á los ojos de los hombres limpio é incólume de toda mancha. Así el Papa de Roma y el rey de Francia fundaron las bases que cimentaban toda la Edad Media. Estéban consagró á Pipino, á su mujer Bertrada, á sus dos hijos, y bajo anatema, conjuró á los franceses á no tener ni tomar rey alguno, que no proviniera de esta privilegiada familia. E hizo mas, lo nombró patricio romano, y al

nombrarlo patricio romano, le nombró por ende tambien defensor de la Ciudad Eterna. El elegido besó primero los piés, luego las mejillas y por último la boca del elector. En seguida recibió la veste patricia, ciñóse el manto, púsose anillo en el dedo índice, y un cerco de oro en la cabeza, y quedó de esta suerte uniendo á su propia régia dignidad alguna parte de la dignidad pontificia, como el Pontificado, al sancionar la usurpacion de los carlovingios, tomaba tambien para sí una parte considerable de las grandes responsabilidades monárquicas. El Papa Estéban, que llevó á cabo esta grande revolucion, fué admitido en Roma, vuelto de Francia, como verdadero libertador. Y en efecto, bien lo merecía, porque asediado en la Ciudad Eterna por el rey longobardo, solamente la fuerza de Pipino y de los carlovingios pudo liberarle de sus enemigos y concederle toda la independencia indispensable al ejercicio de su ministerio en el mundo. Leon III debe contarse entre los primeros Papas de la historia por haber concluido y rematado la obra de la alianza entre el reino franco y el Pontificado romano, fundando además de esto el Imperio. Puede decirse que Estéban y Adriano, firmando primero la alianza con Pipino, recibiendo luego de este la donacion del territorio pontificio, y reanudando nuevas relaciones con Carlo-Magno, establecieron el pacto fundamental, sobre cuyas bases debian alzarse el catolicismo y el Pontificado en la Edad Media. Pero la obra, que corona todo este inmenso trabajo, es decir, la fundacion del Imperio de Occidente, corresponde á Leon III. Acababa Carlo-Magno en tal momento de vencer á los hunnos, despues de haber vencido á tantos otros pueblos bárbaros, y mandaba al Papa una parte de su botín, como si hubiera participado el poder espiritual tambien de la victoria. Y al mismo tiempo le dirigia una carta, anunciándole que confirmaba la donacion de Pipino, y que mantenía todas las relaciones anudadas ya de antiguo con sus ilustres y santos predecesores. En cambio Carlo-Magno recibia la bandera de Roma en señal de jefatura sobre el ejército encargado de defenderla y las llaves del sepulcro de Pedro en señal de que tenia materialmente á su cargo la custodia de este lugar santísimo. Los monumentos del tiempo muestran claramente en sus figuras y en sus relieves las relaciones á la sazón existentes entre los Papas y los carlovingios. En el espacio que media entre el año 796 y el año 799, Leon III construyó en el palacio lateranense el célebre